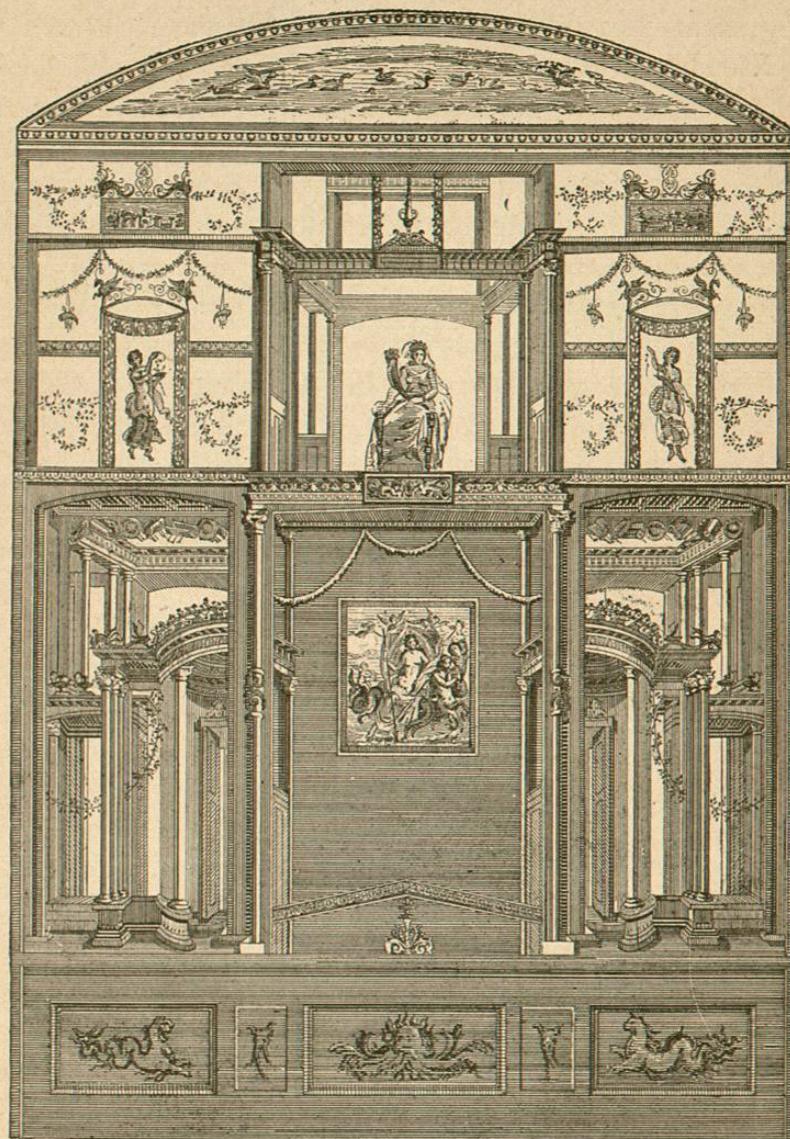


— ¡Pues manos á la obra! — exclamó Vitelio muy callado hasta el momento este.

— Manos á la obra — dijo Xenofonte, como si de grado hiciera lo que hacía por fuerza.

— Citarémonos al festín y acabaré con Claudio.

Sabiendo Agripina que Narciso trataba de volver á la Ciudad Eterna pronto, aceleró lo posible la fiesta de antemano proyectada y apercebida para el cumplimiento de su plan. Seiscientas invitaciones se habían expedido y ni una sola marrado. La grande sala del Palatino, que había Livia ornado con frescos de Lydio y que se adelantaba sobre la colina ofreciendo tres pasmosas vistas de Roma, resplandecía en el caer de la tarde y en las primeras sombras proyectadas por el último crepúsculo como un ascua de oro y como una constelación del cielo. No ramilletes, jardines enteros aromaban el aire con olores naturales al par que caían de las techumbres gotas de suaves esencias destiladas con arte admirable y que disueltas en el aire prestaban á las venas un calor y una voluptuosidad verdaderamente orientales. Suaves músicas, generadas por invisibles orquestas, alternaban en matemáticos intervalos con coros parecidos á los muy armoniosos de las antiguas escenas atenienses. Los pavimentos de mosaicos parecidos á pedrería; las paredes multicolores realzadas con pinturas de mérito; las lámparas de plata nutridas con óleos de nardo y los pebetes de oro pendientes como las lámparas del techo y exhalando nubes de asiáticos perfumes á manera de los quemados en el harén y en el templo; los vasos de bronce por los primeros artistas del mundo cincelados, conteniendo montones de nieves apeninas, puestos allí para contrastar con sus evaporaciones el calor; las trípodes de diversos metales ricos y piedras preciosas destinadas á quemar olientes resinas arrancadas á la Judea y al Egipto; aquellos cojines forrados con las telas más preciosas recién venidas de la India y más semejantes que á puestos para comer y beber á lechos para los placeres y el sueño; las mesas de limonero entalladas preciosamente y embutidas con sumos artificios; los vasos murrinos colocados sobre las mesas y centelleando como rubíes y esmeraldas y topacios y perlas enormes; los cráteres de acero que rebosaban viejos vinos extraídos por multitud de jóvenes con cyathas de oro; tantas



Ornamentación de sala romana, según una pintura de Pompeya

y tantas maravillas, allí sumadas por el gusto de la emperatriz, publicaban así la inteligencia como el poder de ésta y la convertían de consuno en diosa de aquel asiático santuario. Inútil añadir cómo, en tal espectáculo y con semejante concurso, las conversaciones varias se urdirían y los conversadores dirían cuanto les pidiera el gusto, dadas las licencias de hablar que cada cual se tomaba en aquellos desboques de la conversación muchas veces pagados con la vida. El grupo de Séneca, Lucano y Persio nunca se dividía y estaba siempre atento á sus observaciones. El primero, el filósofo, componía en aquella ocasión sus tratados y llevaba la cabeza henchida de pensamientos, que se expresaban en la conversación particular por medio de bien compuestas y bien proporcionadas sentencias; el segundo, el poeta, lo veía todo en cuadros congruentes con la epopeya que tenía en su imaginación, aquella *Farsalia*, sollozo inmenso y luctuosísimo por la República muerta que tantos días de gloria diera en otro tiempo á la Ciudad Eterna; el último lo criticaba todo y á todos criticaba con una grande acerbidad, según á buen satírico cumple. La sátira por completo había roto el concierto entre la naturaleza y el espíritu que constituía como el carácter de la sociedad clásica en los tiempos mejores y más serenos de su vida, verdaderamente armoniosa y tranquila. El disgusto de todo cuanto cada cual descubría en torno suyo convidaba con verdadera invitación apremiante á convertir el gusto á otro mundo mejor, aunque fuese un mundo únicamente ideal. Del seno de tanta descomposición brotaban cuatro protestas con ellas congruentes y tras las que resplandecían cuatro ideales que todo lo esclarecían y todo lo avivaban á la luz y al calor suyos. Tres de las protestas aparecían allí: la protesta política en Lucano, la protesta científica en Séneca, la protesta moral en Persio. Había, como hemos dicho, una cuarta protesta: la protesta religiosa representada por el cristianismo. Esta cuarta, la última en la enumeración que hacemos ahora, la primera en importancia y trascendencia, influirá mucho, cual veremos más tarde y en su oportunidad correspondiente, sobre la conciencia y sobre la voluntad imperiales de Nerón. Más de un representante suyo, más de un cristiano había en aquel festín orgiástico, no por gusto y en ejercicio de su libre albedrío, por la coacción que sobre su persona obraba,

por la coacción violenta que le constreñía con sus impulsos á obedecer en lo externo á las autoridades constituídas y á las leyes coercitivas bajo reserva de obediencia. Pero tal protesta no surgirá en el banquete; bien al revés de las otras restantes, cuya influencia se dejará sentir en todas partes y de todas maneras, muy especialmente ahora, en esta grande asamblea de gentes, entre las cuales había varias muy embargadas por los problemas relativos al pensamiento y al espíritu.

—Vamos, Lucano—dijo Persio á este su amigo.—¿Has escrito algunos hexámetros acerca de las guerras civiles?

—Vaya si he escrito. Ya sabes que no quiero dejar pasar día ninguno sin poner alguna piedra en estos versos, á los cuales por completo libro el honor y el lustre de mi nombre.

—Haz cuanto puedas, y tú puedes mucho, por infundir en el pueblo romano aquellos dignos odios que merece una calamidad tan grande como la civil discordia.

—Las guerras civiles—dijo Séneca—perdieran á Roma con tal extremo, que los espíritus superiores, como el espíritu de Lucrecio, desconfiaban hasta del ser ó existencia de los dioses y se ponían á cantar la Materia y su fuerza bruta, sin ver luz alguna de una Razón suprema en el cielo, completamente vacío, ni libertad en el hombre, triste víctima del destino. Cada una de las clases sociales tenía sus soluciones y la personificación de estas soluciones; pero todas se malograban y se frustraban en aquellos cambios de las dictaduras á las anarquías, cuya brusquedad, como los excesivos cambios atmosféricos, rompían y destrozaban los más fuertes y los más vigorosos organismos. Sylla representó á los patricios, Mario á los plebeyos, Pompeyo á las clases intermedias entre plebe y aristocracia, Cicerón á todas. Pero ni los trabajos de Sylla por el privilegio, ni los trabajos de Mario por el derecho, ni los trabajos de Pompeyo por un término medio entre ambos extremos, ni los trabajos de Cicerón por la concordia universal prevalecieron. Dos hombres, en verdad, personificaban entonces las dos fases de Roma, la que se iba por el ocaso de aquella sociedad, la que venía por el Oriente. Uno de estos hombres era Catón, otro de estos hombres era César. Catón, disgustado de la realidad viviente, convertía su idea y sus ojos á lo pasado; César, viviendo en contacto con esta

realidad, extraía por la creadora potencia del alma, extraía de todos sus vicios y de todas sus impurezas las fórmulas de lo porvenir. El uno, como lo pasado que se iba, resolvíase por necesidad en abstracciones; el otro, como lo presente y lo porvenir, era todo vida y esperanza de vida.

—Permíteme, Seneca, permíteme á mí, tu discípulo y hasta cierto punto tu hijo, no estar contigo en eso de hallarse con lo porvenir César. Yo, así en poesía como en política, estoy con Pompeyo. Creo que no solamente representaban Pompeyo y Catón lo pasado; creo que representaban lo porvenir también.

—Tienes razón, Lucano—dijo Persio disintiendo en absoluto de Séneca,—no puede representar lo porvenir, según las idealizaciones prestadas por tus pensamientos á los hechos, un partido á cuya cabeza estaba un Antonio, el brazo verdadero de César, el que fundó en último término el poder imperial por su fuerza como aquél por su idea. Yo no conozco dos tipos tan repugnantes como la hombruna y soldadota Fulvia con su marido Antonio.

—Con él casualmente ahora estoy, con él en danza y con su esposa Fulvia. Este Antonio, por lo mismo que había sido toda su vida un pretoriano, se daba sin escrúpulo ni freno á las mujeres. Descendiente se creía del divino Hércules, y en efecto, no supo apartarse ni un momento de su respectiva Onfala. Con ella, por ella, para ella vivió siempre. No importa que haya tomado en su vida tal compañera diversos aspectos. Lo enorme de su dominación queda siempre. Fulvia debió seducirlo y avasallararlo, no para satisfacción de su amor, para satisfacción de su venganza. Máquina de guerra, ninguna como él podía con sus fuerzas brutales aplastar á Cicerón, el enemigo de aquella mujer. Fulvia se valió de Antonio, como pudiera valerse de una espada, sin más propósito ni más fin que cortar una lengua, la lengua del primer orador latino. La naturaleza del pretoriano y la naturaleza de su dama se completaban grandemente. Fulvia no parecía la mujer, sino el compañero de Antonio. Forzuda como éste, alta, enérgica, cruel, de voz llena, de músculos vigorosísimos, era como un verdadero centurión. Erguidísimo Antonio de cuerpo, robusto de temperamento, sordo y ciego de conciencia, ancho de frente y espaldas, barbudo, muy barbudo, incansable al combate y al placer, merecía

y justificaba su descendencia del divino Hércules. Un milite, un bárbaro, el pretorianismo hecho carne y hueso y sangre: tal era el nuevo esposo de Fulvia. General, se le hallaba más en la cantina que en el pretorio; ciudadano, más en la taberna que, en el comicio. Aquel hombre había de acostarse todas las noches con su mujer y con su espada. El pretoriano le quería porque jugaba con la gente militar á los dados, con la gente militar se reía y trincaba. Ebrio siempre, no perdía el seso nunca si de cosas guerreras se trataba. El cielo habíale concedido un don suyo tan precioso como el don de la elocuencia, ruidosa, fastuosísima, oriental en sus labios. Crecido entre asaltos, despojos, sacos, incendios, matanzas, no conocía el precio de la vida humana ni el valor de la propiedad particular. Él mataba las personas como si fuesen moscas y entregaba los tesoros de otros á quien le parecía como si fueran suyos. Robó mucho, pero también repartió más que robaba. Su odio á Pompeyo provino de haberle pedido el precio de una casa que le vendiera. Dos cualidades tenía, la de retórico y la de actor. Hablaba profusamente, con mucha copia de imágenes. Representaba todos los papeles, pero con la inmensa distancia de sus modelos que hay desde el teatro al mundo. Caricaturaba perfectamente á César, pero no hacía más que caricaturarlo. El dictador le amaba mucho, porque le parecía la fuerza material necesaria para cumplir sus ideas. Cuando entró en Roma tras el triunfo en España, llevólo consigo sobre su carro. Calpurnia, la viuda de César, le dió el testamento y el tesoro de su marido; pero no pudo, no, darle su genio y su espíritu. Hombre tan extraordinario se llamó con razón la espada de Fulvia. Ésta, no solamente sabía esgrimir sus fuerzas en la política, sino en la guerra también. Cien veces combatió á su lado, cien veces compartió sus peligros y cien veces holgóse creyendo suyas las victorias de Antonio. Amazona cruel y bárbara, no conocía las dos más hermosas cualidades que Dios ha puesto en su hermosísimo sexo, el pudor y la piedad. Antonio fué su perro de caza y le llevó las víctimas que demandaban su codicia, su venganza y su lujuria.

Fulvia reinaba sobre Antonio y le impelía con furor á la dominación para el desquite apetecido. Pero Antonio, comprendiendo la complicación en aquel momento de los factores que componían

la suma llamada pueblo rey, no quiso llevarlo todo á la fuerza y dejó una parte de las satisfacciones deseadas al ministerio del tiempo y al poder de las circunstancias. Así adulaba de continuo á los



Lucio Antonio

senadores, en cuyas filas iba de nuevo rehaciéndose con su palabra Cicerón; complacía, en cuanto le era dable, á los pompeyanos; llamaba en torno de sí á los demagogos; y procedía con tino y tacto para ver de predominar sobre todos sus rivales, y cuando ya hubiera predominado, sojuzgar tiránicamente al pueblo. Mas le perdieron dos hechos: primero su largueza, que dispendió los tesoros de César sin provecho para nadie, y después la llegada de Octavio. Era éste

sobrino de César. Pero César, siguiendo las conocidas adopciones romanas, le llamó su hijo. Y un hijo de César, siquier de adopción, parece imposible que tomara forma en Octavio. Ni la muchacha más tímida llegó á su timidez. Apenas contaba diez y ocho años y parecía, por lo débil, por lo enteco, por lo desmedrado, un fruto que no maduraba. Se había pasado la vida en una enfermedad continua. Cojo, ni fuerzas tenía para moverse con desembarazo. Su voz extinta se asemejaba de suyo al resoplido siniestro de un moribundo. Para decir algo á su mujer tenía que escribirlo. Para dirigirse al pueblo hablábale por medio de un héraido. Así que oía un trueno se ocultaba horrorizado bajo sillas y camas. Como todos los cobardes, era cruel. Este hombre debió habérselas con el fuerte Antonio. Pero tenía en su favor que Antonio disipara los tesoros de César. Murmuraban de tal disipación las legiones y no hacía gran cosa el pretoriano para contrastarlas. Mas Fulvia, su demonio, le daba en rostro con tanta debilidad, y entonces el bárbaro, fuera de sí, diezmaba las legiones y sacrificaba los murmuradores en presencia de Fulvia. Esta hiena, que iba oliendo siempre la sangre humana y su hedor, no se contentaba con cabezas de soldados, quería lenguas de oradores, la sublime lengua de Cicerón sobre todo. Pero Antonio no estaba en el caso de tomarlas por la tremenda, y á la hora misma de arribar Octavio y pedirle nada menos que los tesoros de su padre César, Cicerón seguidamente se puso de parte de Octavio, creyéndole bastante fuerte para combatir al pretoriano y bastante sabio para restaurar la República. Cicerón se hizo con su natural facilidad y ligereza octaviano. Al verlo en tal partido, Fulvia le aconsejó la sublevación á su Antonio. Y Antonio, so pretexto de combatir á Décimo por las Galias, partióse de la Ciudad Eterna en busca de legiones con que procurarse á sí mismo la dictadura y á su mujer la venganza. En tal estado Roma, la cabeza de Cicerón estalló y el genio maravilloso de su elocuencia produjo las filípicas enderezadas contra el pretoriano. En tamañas arengas el cargo principal asestado sobre la cabeza de Antonio era su esclavitud bajo una mujer dolosa, cruel, vengativa, sensual, causa quizá de todos sus crímenes. El furor de Fulvia contra Cicerón redoblaba naturalmente á medida que la elocuencia del gran orador se redoblaba contra su Antonio y sobre todo

contra ella. Sesenta y tres años tenía Cicerón cuando pronunció la primera filípica. En ésta no se descubre aún todo cuanto debía estallar en las otras sucesivas, pero ya se adivinaba lo irreconciliable de su odio al pretoriano y su resolución de sostener á Octavio. La parte principal está consagrada con empeño á discurrir sobre las causas de un viaje que intentó á Grecia por sospechas de la dictadura antoniana y por culto á la República y á la libertad de Roma. Pronunció el orador este discurso el 2 de septiembre, y Antonio, irritadísimo, reunió el senado á los pocos días, y allí, sueltos ya todos los frenos, olvidadas todas las consideraciones, movido por su propia rabia sumada con la rabia sugerida por Fulvia, le injurió, le acusó de complicidad con Bruto, de carteos con Casio, de conspiraciones en su contra con los veteranos. Entonces el gran orador produjo la segunda filípica, nunca pronunciada, hecha en sus jardines de Nápoles, y sin embargo, considerada por el universal sentir como la primera entre todas sus arengas y propuesta de modelo al estudio y admiración de la posteridad. Cicerón habla de sus templanzas en la primera filípica, donde trataba con todo respeto á su enemigo, no obstante de haber sacado á pública subasta el palacio de los senadores y establecido leyes no presentadas al pueblo, y abolido los auspicios siendo augur, así como la oposición tribunicia siendo cónsul, y rodeádose de odiosos sicarios, y herido entre los vapores del vino y los espasmos del vicio una familia, templo en otro tiempo de la virtud y del honor. Vil gladiador, grosero, falsario, asesino le llama, y aún le parece muy escasa y muy pálida la sarta horrible de sus crueles adjetivos. Atribúyele con testimonios fehacientes el proyecto de quemar á Roma, destruir la República y degollar todos los ciudadanos. Cicerón se creía de tal modo, tras la ruptura entre Antonio y Octavio, seguro de la República y de la libertad, que defiende la muerte de César, diciendo cómo todas las gentes honradas le habrían inmolado, porque si á unos les faltaron los medios, á otros las resoluciones, á muchos la ocasión, á nadie le faltó la voluntad. En este maravilloso monumento de la palabra humana nos describe al pretoriano en sus relaciones con las mujeres y nos recuerda mil curiosidades interesantísimas. Es de ver Antonio en su carreta gala, precedido, como un dios, de lictores coronados, llevando consigo en abierta y despe-

jada litera una cómica, delante de la cual debían postrarse los ciudadanos más honestos, entre las burlas de una juventud epicúrea, que, borracha, sensual, devorada por todos los vicios, llenaba los aires de dicharachos y de blasfemias. En su horrible ligereza tal hombre no podía ejercer ni siquiera la virtud sino dándole aspecto de aventura. En sus regresos al hogar legítimo, en sus aproximaciones al tálamo que leyes y liturgias consagran, en su comercio y trato con la mujer propia, debe de haber algo de teatral, algo de bufón, algo de ridículo que revela al consumado comediante. Vuelve de la guerra y corre á su casa, como si, en vez de habitarla, quisiera conspirarla.

— Comprendo — dijo Persio, — cuán furiosa Fulvia se pondría con todas estas acusaciones y todos estos cargos tan justos. Tanto como nosotros mézclanse nuestras mujeres en las discordias y en las competencias romanas. Las dinastías de aquellas Egerias, Lucrecias, Virginias, Veturias, que se unieron al nacimiento del patriciado sabino, á la fundación del régimen republicano, al advenimiento de las libertades nuevas y democráticas, á múltiples gloriosísimas obras, continuó en este período y se prolongó hasta los últimos días del imperio, es decir, hasta la consumación completa del romano espíritu y el término de su gloriosa historia. Mario, no contento con haber tomado esposa en la familia de los Julios, llevó siempre á su lado, consultándola en sus apuros, la sacerdotisa siria, que bajo el nombre de Marta, envuelta en púrpura, blandiendo una lanza, por hiedra reluciente siempre ceñida, representaba una especie de oráculo. No hay hombre célebre de aquellos tiempos que no tuviese mujer tan célebre como él á su lado. El mundo atribuye la riña entre Pompeyo y César á la muerte de Julia, hija de éste y de aquél esposa. Cicerón en todo consultaba desde su juventud á Terencia. La mujer de César, Calpurnia, tuvo más previsión dormida que su gran compañero el dictador despierto. Afrania, la mujer de Lúculo, abogaba como un vocero, como un jurisconsulto cualquiera en los litigios. Una comediante como Precia gobernó una ciudad como Roma por el amor de Cetego. Cecilia, la esposa de Léntulo, se bebía un millón de sestercios en cualquier orgía de actores, disolviendo perlas en vinagre. Servilia no se contentó con dominar á Catón, su hermano; dominó á César, su amante, de quien

creyó tener á su hijo Bruto. Fulvia pudo antes que Cleopatra sojuzgar al indómito Antonio. Estudiando á Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, se estudia una de las más brillantes fases del genio y del espíritu romano.

— El estado espiritual y social de Roma — dijo Séneca — ofreció nueva ocasión muy pronto á los deseos vivísimos de la impúdica Fulvia. Estudiando las oraciones de Cicerón descúbrense á primera ojeada en ellas cómo la corrupción de su tiempo gangrenaba el pensamiento y el ánimo mismo de un estadista, en quien debían revelarse fuerzas tan espirituales de suyo como la idea y como la palabra, careciendo por completo de fe viva en las virtudes y autoridad de las leyes, tan respetadas antes, ó en la fuerza moral de nuestras instituciones republicanas. En su combate con el pretoriano Antonio, con aquel fundador de la monarquía militar, no contaba el estadista parlamentario y republicano con el pueblo idólatra en otro tiempo de la República, ni con el Senado, dispuesto en otro tiempo á contrastar todas las disminuciones de su poder soberano. El pueblo había querido abrasar con las teas desprendidas del brasero donde ardieran los despojos del dictador la casa de los libertadores, y el Senado había ofrecido á César aras y altares como á Dios, inmolando en ellas algo menos cruento, pero más significativo que las víctimas humanas, los propios poderes y los antiguos derechos. Cicerón, el orador, fiaba, durante su combate con el brutal Antonio, la resurrección de su república y de su libertad nada menos que al hijo de César, á Octavio en persona. Para vencer á su enemigo divinizaba sin medida, en frases encomiásticas propias de cualquier viejo cortesano retórico, á su amigo, hasta ponerlo en los celajes de una increíble apoteosis, y no se le ocurría en su improvisación ciega ninguna de estas dos fáciles contingencias: primera, que Octavio le destruyese á él después de haber destruído al pretoriano infame; segunda, que Octavio se pusiese de acuerdo con Antonio para perderlo á él y perder con él todas las instituciones republicanas, tan molestas á la postre para el esposo de Fulvia como para el hijo de César. Y esta última contingencia, fácil de prever, sobrevino. Mientras Cicerón, al ver que Antonio se iba en correrías continuas de Brindis á Módena, recogiendo allí veteranos contra Octavio y peleando aquí en contra de senatoriales como